



Congreso Solar 2010

Heredia, Costa Rica

2-5 noviembre



En 1978, la Universidad Nacional Autónoma de México (Unam) realizó el primer simposio *Sociedad Latinoamericana de Estudios Latinoamericanos y del Caribe* (Solar) con el objetivo de incentivar el estudio y la difusión de la realidad social y cultural de Latinoamérica y el Caribe.

Solar se desprende del Centro Coordinador y Difusor de los Estudios Latinoamericanos de la Universidad Nacional Autónoma de México (Unam) y ha reunido bianualmente a académicos e investigadores, bajo la organización de regiones como Colombia, Argentina (Buenos Aires), Chile, Argentina (Mendoza), Brasil (Sao Paulo), Nicaragua, México (Toluca), Cuba, Brasil (Río de Janeiro), Argentina (Bahía Blanca). En este intercambio de conocimientos y reflexiones sobre la temática latinoamericana, su organización hermana, la Federación de Estudios de América Latina y el Caribe (Fiealc), toma en cuenta, además, a Estados Unidos y Europa.

2010 fue el año en que el Instituto de Estudios Latinoamericanos (Idela) de la Universidad Nacional auspició la actividad, junto al Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe (Cialc) y la Unam. En esta oportunidad, el tema central fue: Centroamérica, mirando al sur y al norte de nuestra América. Construyendo el siglo XXI en el bicentenario de la independencia. La conferencia magistral de apertura "Los límites del marxismo y las posibilidades del pensamiento crítico en América Latina, estuvo a cargo del Dr. Rodolfo Meoño Soto, director en ese momento del Idela de la Universidad Nacional.

Otras presentaciones magistrales fueron: "El poema de 1810 José Martí ante las independencias hispanoamericanas", a cargo de Pedro Pablo Rodríguez, y "Metodologías para analizar lo que hemos pensado: historia de las ideas, historia de los intelectuales estudios culturales, análisis de discursos, estudios eidéticos. Reflexiones y propuestas", por el Dr. Javier Pinedo del Instituto de Estudios Humanísticos de la Universidad de Talca, Chile.

Scriptorium, en esta ocasión, presenta una selección de conferencias pertenecientes a académicos y estudiantes de la Universidad Nacional de diversos temas relacionados con problemáticas latinoamericanas.

APUNTES CONTINUADOS PARA PENSAR EL CONCEPTO DE NACIÓN EN MARTÍ (SEGUNDA PARTE)¹

Jiddu Rojas Jiménez²

Resumen: La siguiente investigación corresponde a la segunda parte del “Apuntes para pensar el concepto de nación en Martí”. Se encontrarán, en esta ocasión, enfoques y referentes nuevos y se enfatizará en el interdiscurso que generó Martí. La nación, en un sentido crítico podría convertirse en una “idea reguladora”, en el sentido de la racionalidad práctica kantiana. Por supuesto es un campo simbólico – parodiando a Bourdieu– en disputa. Y en, este sentido, es un tema no concluido: polémico y abierto a la discusión académica y política.

Advertencia inicial

En esta fase investigativa se enfatizará otro tipo de aproximaciones hacia el tema de la nación en Martí. Aproximaciones que, aunque abordan la temática desde el punto de vista de elementos lingüísticos y de teoría literaria, además de la filosofía política, no se quedarán en una lectura internalista. Por el contrario, se buscará una lectura que privilegie una justificación como sociotexto (sin caer en ningún reduccionismo). Es decir, en una última instancia el contexto político permite la resemantización por parte de los sectores subalternos latinoamericanos del concepto de nación en la producción discursiva y en la práctica política de Martí.

Martí: autor, lenguaje, texto y contexto

En relación con el tema de los aportes dados por la teoría literaria se observa cómo estos pueden conectarse con elementos de un posible marco histórico, a través de la problemática con la relación texto-contexto. Si bien la idea de separar el texto del autor originalmente tiene la intención de no confundir la biografía del quien escribe con su texto producido, lo cierto es que sí hay una relación evidente, aunque no mecánica ni causal.

Tampoco se puede sostener más la opinión de que el contexto subsume al texto; no queremos caer en ningún reduccionismo. Pero, por otra parte, pensar un texto sin contexto es una escisión, una abstracción (en el sentido hegeliano). Por ejemplo, es claro que muchos de los actores situados dentro de la corriente llamada nacionalismo antiimperialista tienen un estilo literario muy particular, en el cual se confunden estéticamente la

¹ Ponencia presentada en el X Congreso Solar, Instituto de Estudios Idela, Universidad Nacional. Noviembre de 2010.

² Estudiante de M.E.L., Idela, UNA.

especificidad de temáticas filosóficas, urgencias políticas y estética literaria. Dentro de esta corriente podemos citar desde Vasconcelos (con su talante espiritualista a veces conservador, hasta al ya mencionado Sandino, pasando por Octavio Jiménez, Omar Dengo, y el caso del brillante peruano González Prada. Vemos, claramente, que se trata con posterioridad (en el siglo XX) de menospreciar el aporte y la calidad revolucionaria del ensayo en la literatura política.

En la siguiente cita Mariátegui se refiere a su antecesor político, el peruano González Prada (1848-1918)² y la relación entre literatura y política, además, se exhibe aquí el clima académico hacia la sensibilidad cultural del nacionalismo antiimperialista:

El estudio de González Prada pertenece a la crónica y a la crítica de nuestra literatura antes que a las de nuestra política. González Prada fue más literato que político. El hecho de que la trascendencia política de su obra sea mayor que su trascendencia literaria no desmiente ni contraría el hecho anterior y primario, de que esa obra, en sí, más que política es literaria. Todos constatan que González Prada no fue acción sino verbo. Pero no es esto lo que a González Prada define como literato más que como político. Es su verbo mismo. El verbo puede ser programa, doctrina. (Mariátegui, 1979: 231)

Lo anterior deja en claro que se trata no sólo de dos generaciones de pensadores y revolucionarios latinoamericanos, sino de dos generaciones enfrentadas por dos paradigmas políticos. La disputa entre Sandino y Farabundo Martí retrata a ambas personalidades en toda su heroicidad y patetismo. Pareciera que hubo una especie de incómodo hiato psicoanalítico entre el “nacionalismo antimperialista” y el “movimiento antimperialista socialista” de los primeros años: había que matar al padre simbólico. Entonces, se trata de dos universos ideológicos diferentes pero contruidos en tensión discursiva explícita. En este sentido, habrá que reconocer que en el marxismo original temas como la nación, el colonialismo o el Estado nacional son incómodos y no resueltos hasta la irrupción de la apropiación nacional antiimperialista de Lenin (Lenin, 1983: s.p.). Por lo demás, dogmatismo y sectarismo posterior no ayudarán hasta que sean difundidos los aportes marxistas sobre estos temas de Max Adler y Antonio Gramsci.

En relación con lo anterior, pensemos en el caso de Costa Rica y la dirección política *sui generis* de Manuel Mora³ y la fundación del partido comunista Vanguardia Popular, en contraste con Jorge Volio y el Partido Reformista, en el medio el socialista Vicente Saénz y, claro, en tantos obvios y abundantes ejemplos latinoamericanos.

Por otro lado, muy pocos movimientos populares latinoamericanos hacen la conexión entre el nacionalismo antimperialista y el posterior proyecto socialista clasista. Un

caso interesante es el de Colombia, pues su guerrilla comunista se remonta a la época de las guerrillas surgidas de la lucha popular y nacionalista de los liberales posteriores al asesinato del caudillo Jorge Eliécer Gaitán.

Habría que investigar si en los diferentes desarrollos discursivos heredados de estas dos generaciones de luchadores latinoamericanos, además de los paradigmas y de las diferentes situaciones socio-políticas, también proponen diferencias teórico-temáticas, así como de estilo y expresión literaria. En todo caso, muchos hiatos políticos similares sólo fueron zurdidos tras la emergencia de una nueva izquierda latinoamericana, inspirada en el triunfo de la Revolución Cubana.

El éxito de Martí tiene que ver con su eficacia política y cultural, con su caudal ideológico de convocatoria y su delicada perspectiva teórica que se agiganta y lo hace irrenunciable para la vigencia del movimiento popular latinoamericano. Martí logra una particularidad histórica en su discurso, susceptible de universalizarse en el buen sentido, es decir, en el sentido del universal que reconoce lo particular y su diversidad, el universal-concreto.

Sobre el polémico concepto de nación y nacionalismo en el proyecto martiano

Algo similar pasa con el tratamiento del concepto de *nación*, como sucede con Martí, ya que ha habido un importante debate desde los últimos cuarenta años. Por medio del siempre bien publicitado autor Benedict Anderson, con su famoso libro: *Comunidades Imaginadas: Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, se han implementado dos categorías en diferentes ámbitos. En América Latina, y en particular en el caso del prócer nicaragüense, Augusto César Sandino, el autor Rafael Cuevas indica lo siguiente:

A partir del estudio de Benedict Anderson antes mencionado, se tiene consciencia que la nación es, en buena medida (aunque no exclusivamente), un artefacto, una invención (...) Que aunque en buena medida es “invención”, existe una base material que dicta las condiciones y los requisitos políticos y técnicos, administrativos, económicos y de otro tipo para su construcción. (2006: 13)

Tal vez lo más atingente respecto de J. Martí y su “nacionalismo antiimperialista”, es lo que continúa proponiendo R. Cuevas: “Que el nacionalismo antecede a la nación, por lo que puede ser entendido como una “estrategia para la construcción de la nación.” (2006: 13).

Crítica epistemológica al aporte de *la nación* como construcción imaginaria

En nuestra opinión, es evidente que las construcciones categoriales, en cuanto universales por definición, participan necesariamente del lenguaje y a la vez son simbólicas e imaginarias (es decir, son dinámicas). Sin embargo, en el caso de los universales, como “nación”, es claro que su naturaleza ontológica es ser un genérico. Y por definición los genéricos *son* en el universo discursivo (y en el plano ontológico) pero no tienen “existencia” particular. En consecuencia, de acuerdo con Kant, no podrían participar ni de la sensibilidad espacio-temporal (por lo tanto, no tiene existencia), ni del entendimiento como categoría formal (en Kant son doce, en Hegel infinitas). Por lo tanto, la nación se acercaría al mundo de las ideas reguladoras. Es decir, nadie puede percibir empíricamente a una “nación” caminando en tiempo y espacio. Podemos percibir sus efectos de modo individual y colectivo, pero carecen de “existencia” diacrónica. Esto no significa que no se pueda construir teoría o ideología a partir de este concepto, por el contrario, los conceptos e ideas más importantes de la organización social de nuestra vida siempre son formulados como universales. Sin embargo, pareciera que lo correcto sería agregarle una mediación socio-histórica concreta al concepto general de nación. Es decir, la nación es siempre la evocada desde un lugar social determinado: ya sea como proyecto político, ya sea en el plano teórico, ya sea como ideología de dominación, o pseudo-concreción (Kosik, 1967). Pero esta condición es generalizable para otros constructos ideológicos.

La nación a la luz de la teoría de la ideología contemporánea

Entonces, la nación es una parte del imaginario y su lugar social sigue funcionando como medición simbólica. Esta es la función lingüística de un genérico y, de hecho, el enfoque hermenéutico presupone como obvio que cada vez que nos acercamos y nombramos al pasado, lo hacemos desde nuestro presente y de acuerdo a sus condiciones e intereses materiales.

Evidentemente, la nación tiene una carga ideológica (en el sentido napoleónico y marxista, como “mistificación”), es decir, cuando se utiliza no solo comunica algún sentido particular, sino que encubre intereses no explícitos. Es decir, cuando se dice, dice a medias, pero cuando calla dice más (de por qué no dice) (Žižek, 1992).⁴ Por lo tanto, repasando más la consabida vinculación empírica entre poder y conocimiento, la determinación del conocimiento como poder, no es de esperarse la vinculación histórica entre la práctica discursiva de la nación y la práctica política del nacionalismo en el siglo XIX.

El anterior es el contexto histórico de Martí, particularizado por la situación colonial tardía en la Cuba no independiente. Pero en adelante se hablará de ese mismo periodo en el marco histórico de este trabajo. Lo que de momento queremos dejar claro es la importancia estratégica tanto conceptual como semiótica y política del concepto de nación en Martí. Es

nuestra hipótesis que, a diferencia de otras construcciones discursivas latinoamericanas, la de Martí las aventaja, pues no reproduce las asimetrías propias del concepto de nación y de patria propias de la oligarquía criolla latinoamericana. Se trataría de un discurso incluyente, liberador y radical dentro de su entorno histórico inmediato.

Otros abordajes teóricos de la problemática de la nación: Ricaurte Soler, E.Torres-Rivas, Samir Amín, entre otros

Para hablar de nacionalismo y de la variante nacional-antiimperialista hay que repensar necesariamente el tema de la nación y de lo nacional; de ahí nuestro énfasis conceptual en esta temática.

Ligado al aporte de Benedict Anderson —pero con una magistral prudencia— se encuentra el acercamiento del intelectual guatemalteco Edelberto Torres-Rivas, quien advierte la coincidencia histórica entre aparición de la nación y el capitalismo como modo de producción, pasando por el estado nacional: si bien la Nación como forma de existencia comunal aparece en el largo período precapitalista, sólo en la sociedad burguesa encuentra su forma más acabada: el estado nacional (2010: 72).

Respecto de esta compleja discusión, cuyo referente histórico más común solía ser siempre europeo, Torres-Rivas indica:

Lo nuevo en la nación burguesa es que la vincular a través del comercio y la industria – y no por el poder tradicional de un man datario divino – regiones antes dispersas, o vinculadas irregularmente, cohesiona nacionalidades y les da una base territorial, así como una lengua común. La tendencia unitaria la da la economía y no el emperador, y en el seno de esa diferencia es posible entender cómo el capital, la gran industria, destruye particularismos, uniforma nacionalidades y generaliza las mismas relaciones entre las clases de la sociedad (2010: 72).

El maestro Edelberto Torres-Rivas hace referencia a la polémica con el famoso intelectual Samir Amín. Para este último autor sí habría “naciones” antes del desarrollo capitalista impuesto por el colonialismo occidental. Lo contrario sería una especie de prejuicio eurocéntrico extendido (Torres-Rivas citado por Samir Amín, 1979).

Lo interesante de Samir Amín tiene que ver con las propuestas sobre los desarrollos marxistas de economía política y sociología. Por ejemplo, en lugar de ligar la construcción de la nación a la clase burguesa como sucede en Europa, en los pueblos árabes estaría ligada a la clase de los “comerciantes-guerreros”; al parecer, se ha criticado esta construcción a pesar de su valioso aporte, por no dar cuenta de la arabización musulmana

de antiguos países como Egipto; es decir, se enfatiza en las continuidades “nacionales” marginando las discontinuidades.

Otro punto interesante que cuestiona el eurocentrismo es cuando se señala que muchos estados nacionales criollos latinoamericanos anteceden cronológicamente a algunos estados de la avanzada Europa (Alemania, Italia, Irlanda, Noruega, Polonia, Hungría, Finlandia, Grecia). Pero esto tiene que ver con el carácter progresivo del estado nacional en estos países, mientras en América Latina, en general, se impuso la variante excluyente de la llamada Patria del Criollo (Martínez, 1981).

Retomando el tema martiano, habría que señalar una posible crítica a la noción de nacionalidad precapitalista, la cual indica que detrás de esta pretensión de fundar el “hecho nacional”, se encuentra más bien un eurocentrismo velado, en el sentido de buscar legitimidad histórica cultural y detrás de cierta originalidad de nuestras nacionalidades neocoloniales frente al Imperialismo. Es decir, en nombre de la reivindicación nacional se reproduce ideológicamente el “orden del discurso” (M.Foucault) de la dominación neocolonial, lo que tiene como resultado la inversión de términos.

Desde luego, este último argumento tampoco se torna súbita e incuestionablemente antineocolonial a las posiciones teóricas de Benedict Anderson. Por el contrario, coincidimos con Torres-Rivas cuando previene de la complejidad de la discusión. Al tratarse de un tema socio-histórico, sabemos que lo nacional no se discute como un mero fenómeno “natural”, es decir, naturalizado, y que tampoco se trataría del antiguo concepto de nación como equivalente a una etnia. En esos dos puntos coinciden todos los expertos de la comunidad científica. A esto agregamos el tema latente de lo eurocéntrico (aunque sea para reconocerlo críticamente como referente inmediato, como lo hace con toda rigurosidad científica Torres-Rivas). Casi que en un tono de advertencia se advierte:

La extrema variabilidad del hecho nacional, como comunidad que es en sí misma garantía de reproducción y cohesión sociales, ha conducido a un laberinto conceptual. No se trata, sin embargo, de un fenómeno natural, de una forma humana de convivencia conforme a la “naturaleza de las cosas”, sino de un hecho histórico explicable por formas particulares de desarrollo y producto de ellas. Precisamente su naturaleza histórica coloca al concepto de nación en el centro de una interminable polémica de la que, por lo visto, cada generación debe hacerse cargo.

Reconocemos la eventual pertinencia de un hecho nacional por discutirse en los márgenes físicos y temporales del Renacimiento europeo. Pero para delimitar su estatuto teórico, y para los efectos del marco analítico latinoamericano, nuestra discusión tiene una inexcusable orientación eurocéntrica.” (Torres- Rivas, 2010: 71- 72).

Queda claro que se trata de una discusión teórica abierta y de una gran importancia política estratégica. Antes de finalizar, es conveniente retomar el aporte de otro gran intelectual latinoamericano, el panameño Ricaurte Soler, quien expone los temas nación, marxismo y América Latina. Soler analiza críticamente textos del marxismo original y en particular de Engels, respecto del tema del fenómeno nacional, del hundimiento de las relaciones feudales de producción (en Europa) y, luego, su viabilidad historiográfica respecto de América Latina (Ricaurte Soler citado por Engels, 1974). Este autor advierte contra del desprecio hacia el fenómeno de lo nacional por medio del empleo de falsas generalizaciones:

De estas premisas, correctas en su formulación abstracta, deriva un primer problema en cuanto a su intelección concreta: ¿los estados nacionales se formaron en conjunción con los orígenes del capitalismo, constituyéndose en mediación esencial de su desarrollo o por el contrario, son la expresión y resultado de su consolidación en el marco de la hegemonía del capital y la burguesía industriales?

Un segundo problema se plantea cuando la alternativa contenida en la interrogación se formula a las formaciones nacional es tardías de Europa y, con mayor razón aún, cuando se investiga “el camino tan sinuoso que recorre el proceso de diferenciación de las clases en el seno de las naciones” del mundo colonial y semicolonial.

Optamos por afirmar la corrección y legitimidad del primer término de la alternativa. Y esto, en atención a las mediaciones que desde principios de la época moderna pueden descubrirse en la unidad de los universos económicos y políticos (Soler, 1996: 136- 137).

No pretendemos dilucidar definitivamente la temática a tratar, pero sí aproximarnos a un breve estado de la cuestión en lo que respecta a las posibilidades conceptuales de la nación para retomar el pensamiento de Martí. En este sentido, podemos ver que hay grandes bifurcaciones teóricas, todas bien fundamentadas y, posiblemente, políticamente bien intencionadas; sin embargo, habrá que discernir una orientación teórica en la perspectiva de las tareas martianas políticas y educativas.

Martí no propone razas porque “las razas no existen” (*Nuestra América*), así que sabemos que la inquietud del nacionalismo como sinónimo de lo étnico no existe. Igualmente, sabemos del profundo anticapitalismo de sus textos, así que su nacionalismo por lo menos es *sui generis* respecto del ascenso de este modo de producción. Así que su proyecto nacional, donde el indio y el negro se articulan con lo mestizo y criollo, se aleja de cualquier estereotipo para criticar científicamente. La tarea científica se encuentra con una gran anomalía, nuestra “anomalía salvaje” (parodiando a Antonio Negri), la anomalía política e ideológica Martiana.

Conclusiones generales

Concluimos, provisionalmente, en que del tronco martiano salen muchas aristas teóricas, ideológicas, literarias y políticas. Lo que une e identifica este tronco es el pensar de la patria nueva (incluyente) como un proyecto que pretende refundar la nación a lo nacional desde la asimetría y el dolor social de los sectores subalternos cubanos frente al poder colonial y neocolonial.

No se desarrolló el tema de las clases sociales subalternas en Martí, precisamente porque no se encontró un clasismo (como sería lo propio de otras generaciones antiimperialistas posteriores), ni mucho menos un obrerismo o socialismo en los textos de José Martí. Pero sí podemos encontrar un serio diálogo político con los pobres y con los obreros cubanos, puertorriqueños, y antillanos en el exilio.

La epístola “Pobreza y Patria” (José Martí, 2007: 245) lo atestigua claramente. Tratándose de un conflicto clasista típico dentro de los Estados Unidos, los obreros antillanos emigrados se organizan y Martí los aplaude, pero señala con contundencia la estrategia superior del conflicto cubano contra el colonialismo español. Pero atención, Martí no es ningún oligarca llamado a la defensa de una patria abstracta, por el contrario está muy claro de la doble asimetría entre los cubanos emigrados de la época, la de su doble pobreza simbólica, es decir, la de ser obreros y emigrantes no europeos:

Aquí se ha repartido mal la tierra; y la producción desigual y monstruosa, y la inercia del suelo acaparado, dejan al país sin la salvaguardia del cultivo distribuido, que da de comer cuando no da para ganar. Aquí se amontonan los ricos de una parte y los desesperados de otra. El Norte se cierra y está lleno de odios. Del norte hay que ir saliendo. Hoy más que nunca cuando empieza a cerrarse este asilo inseguro, es indispensable conquistar la patria. Al sol, y no a la nube. Al remedio único constante y no a los remedios pasajeros. A la autoridad del suelo en que se nace, y no a la agonía del destierro, ni a la tristeza de la limosna escasa, y a veces imposible. A la patria de una vez. ¡A la patria libre!”. (José Martí, 2007: 242- 243)

En Martí podemos encontrar todos los elementos políticos y teóricos para desarrollar en consecuencia el antiimperialismo contemporáneo en las actuales coordenadas espacio-temporales de la América Latina del siglo XXI.

Con bastante anticipación, Pablo González Casanova hablaba de la recuperación incluso teórica del nacionalismo popular latinoamericano para la construcción de un nuevo pensamiento latinoamericano:

La derrota del autoritarismo de las escuelas y los jefes abre a los marxistas la posibilidad de “redescubrir las raíces históricas de la propia lucha revolucionaria”, lleva a redescubrir a Martí en Cuba, a Sandino en Nicaragua, y el pensamiento vivo de los héroes populares en cada país de América Latina. Los nacionalistas revolucionarios van de Martí y Sandino a la “identificación y en el encuentro con los pobres...” (González, 1985:18)

Este reconocido pensador marxista latinoamericano –casi proféticamente– agregará en el mismo texto, y muchos años antes de los recientes procesos latinoamericanos, lo siguiente:

Es un camino muy distinto al europeo, al de Marx y al de Lenin, o al de de sus escuelas en el nuevo mundo. Si Marx va -en este terreno- del capitalismo al colonialismo, del descubrimiento de la lucha de clases [nota: que el mismo genio reconoce que no es exclusiva de él] al tan difícil para él de la cuestión nacional, y si Lenin va del capitalismo al capitalismo monopolístico y de allí al imperialismo, de la revolución en Rusia y de allí a los procesos liberadores de Asia, África y América Latina, el nuevo pensamiento social latinoamericano, no sigue ni esas pautas ni las de sus precursores doctrinarios que aplican o ajustan modelos, o que con escuelas y partidos buscan relaciones sociales concretas, como lo hicieron en forma genial Mella en Cuba y Mariátegui en Perú (González, 1986: 11).

Finalizamos retomando otra vez a Martí, con su celeberrima cita de *Nuestra América*, en donde se expresa con brillantez literaria nuestro criterio de ingreso epistemológico y político: “Injértese en nuestras repúblicas el mundo; pero el tronco ha de ser nuestras repúblicas.” (20). Está de más indicar que esta investigación debería ser una premisa inicial de todo trabajo sobre este tema martiano.

Notas

² Notemos que el enemigo de González Prada ya no es el decadente imperio español, sino la oligarquía peruana y el imperialismo. Al morir unos cuantos años más adelante que Martí, este autor peruano consigue conocer la barbarie de la Primera Guerra Mundial y la esperanza de la radicalidad primero anarquista y, luego, el triunfo comunista Bolchevique (1917)

³ Nótese que, curiosamente, el tema de lo nacional en Manuel Mora, Carmen Lyra, Carlos Luis Fallas, y la dirección original del PVP, siempre fue muy bien tratada en comparación con el sectarismo propio de la Tercera Internacional. Por el contrario, el PVP original supo crecer como un partido de masas, sabiendo disputar la hegemonía del estado en cualquier campo.

⁴ También es evidente que en la construcción de las disciplinas científicas sociales y tratándose de que el objeto de estudio es el mismo sujeto que enuncia cognitivamente al objeto. Es decir, objeto es el mismo sujeto (Hegel, 1982).

Scriptorium

Referencias

- Cuevas Molina, Rafael. *Sandino y la Intelectualidad Costarricense. Nacionalismo antiimperialista en Nicaragua y Costa Rica (1927 y 1934)*. San José: EUNED, 2006.
- Fornet-Betancourt, Raúl. “José Martí y la filosofía”. *Literatura-Política-Filosofía – Estética*. Ed. Ottmar Ette y Titus Heydenreich. Frankfurt: Vervuert Verlag, 1994.
- Fragomeno, Roberto. *Intelectuales: El Obstáculo de los Espejos*. San José: Ediciones Perro, 1999.
- Fragomeno, Roberto. *La Utopía Constituyente*. San José: Ediciones Perro Azul, 2001.
- Lenin, Vladimir. *El imperialismo, fase superior del capitalismo*. Moscú: Editorial Progreso: 1983.
- Guadarrama, Pablo. “Humanismo práctico y desalienación en José Martí”. *Literatura-Política-Filosofía –Estética*. Ed. Ottmar Ette y Titus Heydenreich. Frankfurt: Vervuert Verlag, 1994.
- José Martí. *Obras escogidas*. Tomo III. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1992.
- Gallardo, Helio. *Fenomenología del mestizo*. San José: Editorial DEI, 1993.
- Hegel, Georg. *Ciencia de la Lógica*. Buenos Aires: Ediciones Solar. 1982
- Kosik, Karel. *Dialéctica de lo concreto*. México: Editorial Grijalbo. 1967.
- Mariátegui, José Carlos. “El proceso de la literatura”. *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*. México: Editorial Era-Popular, 1979. 231.
- Martínez, Severo. *La Patria del Criollo*. 8ª ed. San José: Costa Rica, 1981.
- Marx.K y F.Engels. “Las tesis sobre Feuerbach”. *Obras Escogidas*. Moscú: Progreso, 1980.

Moreno, Isidoro. “Etnicidades, Migraciones y Violencia: El carácter obsoleto del modelo de estado-nación”. *Diversidad Étnica y Conflicto en América Latina*. México: UNAM, 1998.

Soler, Ricaurte. “Introducción. La nación latinoamericana: proyecto y problema”. *Revista Cultural Lotería* Dic 1996: 136.

Torres-Rivas, Edelberto. “La Nación: problemas teóricos e históricos”; en *Antología del curso Estado, Nación y Políticas Culturales en América Latina*. Por: Rafael Cuevas, MEL-UNA. 1er trimestre 2010.

Žižek, Slavoj. *El sublime objeto de la ideología*. México: Editorial Siglo XXI. 1992.

Scriptorium